

FREYA SAMPSON

La última biblioteca

Una novela sobre la importancia
de defender los lugares que nos unen

Traducción:

PUERTO BARRUETABEÑA DÍEZ



MAEVA

QUERIDO LECTOR:

Siempre me han encantado las bibliotecas. Cuando era pequeña iba a la biblioteca local todas las semanas para sacar libros, y cuando estudiaba pasé muchas noches parapetada en alguna biblioteca de la universidad para llegar a la fecha de entrega de algún trabajo. Pero hasta que tuve treinta y pocos años, y nació mi primera hija, no llegué a apreciar del todo la verdadera importancia que tienen estos lugares.

A pesar de vivir en una ciudad llena de gente, me encontré bastante aislada en mis primeros meses de maternidad. No conocía a mucha gente con bebés en mi zona y me ponía nerviosa ir a las cafeterías por si mi hija, que tenía propensión a los cólicos, empezaba a llorar y molestaba a los demás clientes. Cuando por fin reuní el valor de salir de casa yo sola con mi hija, al primer sitio al que se me ocurrió ir fue a la biblioteca local. Había una actividad de canciones infantiles y me senté allí, rodeada de padres y cuidadores de todas las procedencias imaginables y de niños correteando por todas partes. Allí me sentí arropada y acompañada porque no me juzgaba nadie.

Según fui pasando más tiempo en la biblioteca, empecé a reconocer las caras que acudían regularmente. Un señor mayor en particular iba todos los días a leer el periódico. Muchas veces intentaba iniciar conversaciones con otras personas, pero la mayoría evitaba el contacto visual o lo ignoraban. Un día observé cómo una empleada de la biblioteca se paraba junto a su mesa para charlar con él. No oí de qué hablaban y la conversación no duró más de dos minutos, pero cuando ella se alejó, vi que el hombre sonreía, y me di cuenta de que ese breve intercambio con

la bibliotecaria era seguramente la única conversación que el hombre había mantenido en todo el día. Ahí se me ocurrió la idea para escribir esta novela: una historia sobre las improbables amistades que se forjan y se encuentran y sobre lo que una comunidad puede lograr cuando se une para luchar por evitar que cierren su biblioteca.

Los personajes de mi novela van a la biblioteca de Chalcot por razones diferentes. La excéntrica señora Bransworth lo hace para encontrar evasión en los libros y sus historias (aunque se queje de todos), el anciano Stanley Phelps para utilizar los ordenadores y mirar su correo electrónico, y la adolescente Chantal porque es un espacio tranquilo en el que puede estudiar. Pero para todos ellos la biblioteca también es un lugar donde se sienten seguros y encuentran una conexión humana. Por eso espero que, cuando la gente lea esta novela, recuerde lo que son realmente nuestras bibliotecas: un refugio para algunos, una conexión vital con el mundo para otros y un lugar lleno de libros y compañerismo para todos nosotros.

Gracias de nuevo por leer *La última biblioteca*.

Con mis mejores deseos. Feliz lectura.

FREYA

Capítulo uno

SE PUEDEN SABER muchas cosas de una persona por los libros que escoge en la biblioteca.

Cuando las cosas estaban tranquilas en el trabajo, a June le gustaba entretenerse con un juego: elegía a un usuario y se inventaba la historia de su vida, basándose en los libros que leía. Ese día se había decidido por una señora de mediana edad que había seleccionado dos libros de Danielle Steel y una guía de viaje de Islandia de Rough Guides. Tras pensarlo un rato, decidió que la mujer estaba atrapada en un matrimonio infeliz, seguramente con un marido zafio y agresivo. Por eso estaba planeando huir a Reikiavik, donde se enamoraría de un islandés fornido y barbudo. Pero justo cuando pensara que había encontrado por fin la felicidad, aparecería su marido para anunciarle...

—Pues este libro era una verdadera bazofia.

La señora Bransworth, que estaba delante del mostrador sacudiendo un libro delante de su cara, la sacó de la ensoñación. Se trataba de *Los restos del día*, de Kazuo Ishiguro.

—Menuda basura sin sentido. ¿Señores y criados? Propaganda capitalista, más bien. Hasta yo escribo mejor.

Esa señora iba a la biblioteca varias veces a la semana, vestida siempre con un viejo abrigo ribeteado con pelo y mitones, incluso en pleno verano. Parecía que escogía los libros al azar: un día era un manual de fontanería y al siguiente un autor que había ganado el premio Nobel. Pero, se llevara lo que se llevara, el resultado era siempre el mismo.

—Estoy pensando en devolver mi carné de la biblioteca como forma de protesta.

—Lo siento, señora Bransworth. ¿Quiere ser la primera en escoger entre los que acaban de llegar?

—Seguro que no hay más que basura —replicó, y se alejó como una tromba en dirección a la estantería de la sección de deportes, dejando tras ella un leve olor a cabra mojada.

June acabó de cargar el viejísimo carrito con los libros devueltos y empezó a recorrer la sala. La biblioteca de Chalcot se encontraba en un edificio de ladrillo rojo lleno de corrientes de aire, construido en los años setenta del siglo XIX, y que en el pasado había sido la escuela local. Se había convertido en biblioteca ochenta años después, pero había mantenido las características originales; entre ellas, el tejado de pizarra que goteaba cada vez que llovía con ganas, el suelo de madera que crujía a cada paso y una familia de ratones pertinaces que se estaban comiendo poco a poco las cajas de archivos que se almacenaban en el desván. La última vez que el Gobierno regional redecoró la biblioteca fue allá por los noventa, cuando puso fluorescentes para la iluminación y alfombras de un verde muy institucional. Pero a ella le gustaba imaginar cómo sería cuando aún desempeñaba su función originaria y había niños con la cara sucia sentados en hileras de pupitres donde ahora estaban las estanterías, aprendiendo a escribir en pizarrines llenos de polvo, como recién sacados de una escena de *Jane Eyre*.

Mientras empujaba el carrito hacia la entrada de la sala, vio que su jefa iba directa hacia ella. Del bolso le asomaba un ejemplar de *La señora Dalloway*.

—Ven a mi despacho. Ahora.

Marjorie Spencer era la directora de la biblioteca, un cargo que lucía en una chapita prendida en la blusa, como si fuera una medalla. Se vanagloriaba de que solo leía novelas para intelectuales, pero June sabía que había renovado la trilogía de *Cincuenta sombras de Grey* al menos tres veces.

Siguió a su jefa a su despacho, que en realidad era un almacén-barra-sala común en el que, años atrás, Marjorie decidió poner una mesa. Incluso había colgado una placa con su nombre en la puerta. No había sitio para más sillas que la suya, así que June tuvo que encaramarse a una pila de papel de impresora.

—Esto tiene que quedar estrictamente *entre nous*. Acabo de recibir una llamada del Gobierno regional —empezó Marjorie, jugueteando con el collar de perlas que llevaba al cuello—. Quieren que vaya el lunes a una reunión urgente. En la sala de juntas. —Hizo una pausa para comprobar que su empleada estaba lo bastante impresionada por esa información—. Tendrás que arreglártelas sola mientras yo estoy fuera.

—Vale.

—No puedo cancelar la sesión de canciones infantiles con tan poca antelación, así que necesito que te ocupes tú.

June notó una presión en el pecho.

—Ahora que lo pienso, lo siento, pero se me había olvidado que *Alan* tiene...

—Nada de peros. Además, te servirá de práctica... Cuando me jubile, en Navidad, es posible que la persona que me sustituya quiera que tú te ocupes de esas actividades.

A June se le cayó el alma a los pies solo de pensarlo.

—Marjorie, ya sabes que no soy capaz de...

—Por todos los santos, June. Son canciones infantiles, no himnos de góspel.

Abrió la boca para replicar, pero la mujer ya se había vuelto hacia el ordenador con un gesto que decía, sin opción a réplica: «No molestar».

Salió del despacho intentando ignorar esa presión bajo las costillas. Eran casi las cinco de la tarde, así que empezó con la rutina de la hora de cierre. Mientras ordenaba los libros y los periódicos que la gente había dejado por allí tirados, se imaginó las caras expectantes de los niños y los padres, observándola impacientes, esperando que dijera algo. June se estremeció de forma involuntaria, y una pila de periódicos se le cayó al suelo.

—Muchacha, ¿necesitas ayuda? —Stanley Phelps estaba sentado en su silla y no le quitaba la vista de encima.

—No, gracias —contestó mientras recogía las páginas desperdigadas—. Son las cinco. Me temo que tienes que irte ya.

—¿Puedes ayudarme con esto primero? «Fomentar contactos para prevenirlo.» Once letras, empieza por A.

Ella pensó un instante, tratando de desentrañar la definición como él le había enseñado.

—¿Podría ser «aislamiento»?

—¡Bravo!

Stanley Phelps, aficionado a la novela histórica ambientada en la Segunda Guerra Mundial, llevaba yendo a la biblioteca casi cada día desde que ella empezó a trabajar allí, diez años atrás. Lucía una chaqueta de *tweed* y hablaba como un personaje sacado de una novela de P. G. Wodehouse. Ella se lo imaginaba viviendo con una grandiosidad trasnochada, durmiendo con un pijama de seda y comiendo arenques ahumados para desayunar. Hacer el crucigrama de *The Daily Telegraph* era uno de sus rituales diarios.

—Antes de irme, quiero darte un detallito que te he traído.

Stanley metió la mano en una bolsa reutilizable de supermercado arrugada y sacó un ramillete de flores un poco mustias, atadas con un trocito de cordel.

—Feliz cumpleaños, June.

—Oh, Stanley, no era necesario —exclamó, y sintió que se ruborizaba.

Ella nunca hablaba de su vida privada con nadie de la biblioteca, pero hacía unos años, Stanley había descubierto cuándo era su cumpleaños, aún no sabía cómo, y ya no se le había olvidado nunca.

—¿Vas a hacer algo especial esta noche? —preguntó.

—Voy a ver a mis amigos de toda la vida.

—Espero que lo pases bien. Te mereces una gran celebración.

—Gracias —contestó June contemplando las flores para no tener que mirarlo a él.

A LAS CINCO y media salió a la tarde cálida de verano. Cerró con llave la puerta de la biblioteca y recorrió la avenida The Parade; dejó atrás la tienda del pueblo, el *pub* con la banderita de Reino Unido ondeando sobre la puerta y la panadería-pastelería en la que ella y su madre compraban donuts con mermelada todos los sábados. Un par de usuarios de la biblioteca estaban en la

puerta de la oficina de correos, y los saludó con un gesto de cabeza. Después giró para bajar la colina y pasó por delante del campo deportivo y del restaurante The Golden Dragon de comida china para llevar, hasta llegar a Willowmead, una urbanización de los años sesenta, que era un laberinto de casas adosadas idénticas, con jardines minúsculos y contenedores de basura junto a las entradas. Allí vivía desde que tenía cuatro años, en una casa con una puerta verde y unas cortinas de un color rojo desvaído.

—¡Ya estoy en casa!

Se quitó la chaqueta, colocó los zapatos en el zapatero, donde se quedarían hasta el lunes por la mañana, y entró en el salón. Uno de los marcos de fotos estaba torcido y lo recolocó mientras observaba con el ceño fruncido a la adolescente con el pelo encrepado y aparato dental que le devolvía la mirada desde la foto. Por suerte hacía muchísimo que le habían quitado el aparato, pero seguía teniendo que vivir con esa loca mata de rizos castaños, que solo conseguía controlar recogidoselos todos los días en un moño bien apretado. Tras enderezar la foto, cruzó el salón hasta la enorme estantería que cubría la pared de la izquierda, llena a reventar de hileras perfectas de lomos de libros: Adichie, C.; Alcott, L. M.; Angelou, M. Encontró el que quería y se lo llevó a la cocina; metió una lasaña congelada en el microondas y se sirvió una copa de vino.

No se oía ni un solo ruido en la casa, aparte del leve sonido de la televisión de los vecinos de al lado. Revisó el correo que había llegado aquella mañana: un folleto sobre la recogida de los cubos de basura y un ejemplar de *The Gazette*. Miró entre las páginas del periódico, por si se había colado alguna tarjeta de felicitación, pero no había nada. Se le escapó un leve suspiro y después dio un sorbo a la copa de vino.

El pitido del microondas la sobresaltó. June sacó la lasaña, la volcó en un plato y le añadió unas rodajas de pepino como guarnición. Se sentó y cogió el libro. Estaba maltrecho y gastado tras años de lecturas, y apenas se podían leer las palabras *Orgullo y prejuicio* de la cubierta. Lo abrió con cuidado para leer la dedicatoria.

18 de junio de 2005

Para mi querida Junebug:

Que tu duodécimo cumpleaños sea el más feliz del mundo.
Nunca estarás sola si tienes la compañía de un buen libro.

Con todo mi amor,
Mamá

June se llevó un trozo de comida a la boca, pasó a la primera página y empezó a leer.